

EL VOCATIVO Y LA INTERJECCION Ω

Máximo Brioso Sánchez

Los estudios sobre el vocativo, si bien no son todo lo numerosos que podría esperarse, forman una de las parcelas más selectas pero también más tradicionales de la investigación estilístico-sintáctica, al menos en lo que respecta al campo del griego antiguo. En el siglo pasado, Ch. T. Pfuhl, H. Menge, K. J. Kockel, J. Eibel y otros,¹ examinaron activamente diversos aspectos de la cuestión. Como en otros muchos hechos gramaticales, las interpretaciones psicológicas han tenido amplia primacía. En el dominio concreto del vocativo esta prioridad hubo de verse grandemente beneficiada, sobre todo, desde que se prestó una atención decidida al curioso comportamiento de la interjección Ω, a la que pronto intentóse someter a estrictas reglas. Ya los manuales de Kühner-Gerth² y Gildersleeve,³ de 1898 y 1900 respectivamente, resumieron interesantes noticias al respecto. El primero, por ejemplo, notaba que Demóstenes, en el *De cor.*, siempre se dirige a su rival *despreciativamente* con un simple Αισχίνη.⁴ El segundo, recogía las valiosas aportaciones de A. Hug sobre el *Banquete* de Platón. Estos datos forman hoy parte, junto con otros muchos, del acervo diríamos «académico», que por principio suele transmitirse de cita en cita sin más.

1. Detallada bibliografía en Schwyzer-Debrunner, *Gr. Gramm.* II, p. 59.

2. *Ausführliche griechische Grammatik* II, 1, p. 48 s.

3. *Syntax of Classical Greek* I, p. 5 ss.

4. Sobre este punto vid. más adelante. La noticia debe proceder de J. Eibel, cuyo trabajo *De vocativi usu apud decem oratores Atticos*, Würzburg, 1893, no hemos podido desgraciadamente consultar.

No hay duda de que la idea de la carga emocional imaginable «a priori» en el uso o no uso de una interjección, es fácilmente admisible. Si esta interjección, además, lleva normalmente su existencia ligada al raro *caso* que el vocativo es, el éxito para toda interpretación psicológica está asegurado. Y cuando las cifras la corroboran brillantemente cualquier duda ha de parecer absurda y anacrónica. J. A. Scott, en una serie de notables artículos,⁵ vino justamente a cumplir esta última función para casi toda la literatura arcaica y clásica. En adelante, sería la fuente preferida de todos los autores. Otras contribuciones han acabado de redondear su tarea y sus resultados.⁶

Es evidente, desde luego, que de esta cadena de estudios han salido conocimientos de apreciable valía. Hoy podemos seguir, con bastante riqueza de datos, la historia del problema desde Homero a los papiros tolemaicos y el *Nuevo Testamento*.⁷ Pero es también un hecho que apenas si existen intentos de fijar los límites de todas estas radicales conclusiones psicológicas. Sólo pueden citarse muy contados casos que escapen a esta afirmación.⁸ Ahora bien, que el uso y no uso de ω no obedecen sólo a bases estrictamente emocionales (y sociales), es fácil de deducir incluso ya desde las páginas del propio Scott. Este (II, p. 83) admite lógicamente que en los trágicos «the omission or use of the interjection is largely a matter of hiatus and rhythm, the position of the vocative in the verse, in general, determined the use». Entre sus reglas, enumeradas en diversos lu-

5. «The vocative in Homer and Hesiod», *Am. Journ. of Phil.* 24 (1903), pp. 192-6; «The vocative in Aeschylus and Sophocles», *id.* 25 (1904), pp. 81-4, y «Additional Notes on the vocative», *id.* 26 (1905), pp. 32-43. En adelante serán citados como Scott I, II y III respectivamente.

6. Gildersleebe-Miller, «The vocative in Apollonius Rhodius», *Am. Journ. of Phil.* 24 (1904), pp. 197-9; Wackernagel, *Vorl. über Syntax I*, pp. 310-2; Mayser, *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolemäerzeit II*, 1, p. 55; Moulton, *Grammar of the New Testament Greek III*, p. 33 ss.; Schwyzer-Debrunner, *loc. cit.*, en especial p. 61. De cierto interés es el reciente artículo de G. Giangrande, «Use of the vocative in Alexandrian epic», *Class. Quart.* 18 (1968), pp. 52-9. Otros estudios sobre el vocativo no han tocado el tema que ahora nos ocupa: así el de A. Nehring, «Anruf, Ausruf und Anrede. Ein Beitrag zur Syntax des Einwortsatzes», *Festschrift Th. Siebs*, pp. 95-144, o la magistral obra de J. Svennung, *Anredeformen*, Uppsala, 1958 (cf. especialmente pp. 199-245, que tratan del griego).

7. Un extenso y moderno resumen en José S. Lasso de la Vega, *Sintaxis Griega I*, Madrid, 1968, pp. 339-344.

8. Cf. Kieckers en *IF* 23 (1908), pp. 361-2. El exhaustivo artículo de R. Loewe en *KZ* 53 (1925), pp. 115-149, aún dentro de la interpretación tradicional, supone interesantes aportaciones: vid. sobre todo, pp. 128, 137 y 141. Un breve resumen y crítica en Lasso de la Vega, *op. cit.*, p. 342 ss.

gares, también expone una (*ibid.*) que es típicamente posicional. Y, además, algunas de sus otras normas también contradicen las prevalentes motivaciones psicológicas. Dos construcciones reclaman de manera automática la interjección: a) participio funcionando como vocativo sin el nombre correspondiente, y b) adjetivo igualmente sin nombre.⁹ Otros datos podrían ser observados desde el mismo punto de vista. Por ejemplo, es innecesario afirmar, como lo hace Scott (III, p. 33 s.), que en la lírica el παιδικά es siempre nombrado (por familiaridad) con ω, cuando queda bien claro, a lo largo de sus exposiciones, que παῖ sin interjección, de un modo también casi prácticamente automático, se refiere a un sirviente.¹⁰ Si quisiéramos expresarnos de otro modo, podríamos hacerlo así: la oposición παῖ / ω παῖ es de tal naturaleza, a pesar de las excepciones, que ambos miembros se comportan semánticamente de modo distinto. El uso de uno u otro no depende en esencia de las circunstancias psicológicas, sino de una bien definida y estabilizada convención social. Ya R. Loewe (*op. cit.*, p. 123), en el caso de giros como ω παῖ Καμβύσεω, etc., en Heródoto, aludió al hecho que acabamos de mencionar. Que en este punto el usual imperativo pueda ser un apoyo para la ausencia de la interjección, como el mismo autor (p. 140) pretendía, es totalmente secundario.

Donde creemos que Scott ha cometido errores manifiestos, llevado por el rigor de sus propios esquemas, es en algunos ejemplos concretos que desarrolla con especial detenimiento. Así, en III, p. 39, afirma que en el *Hipólito* de Eurípides (v. 902 ss.), dos fases emotivamente distintas son evidenciadas por el uso del vocativo. En la primera parte de este diálogo entre Hipólito y Teseo, el hijo en tanto conserva su calma utiliza en siete ocasiones vocativo sin interjección, pero cuando con el calor de la disputa se produce su ex-

9. Sobre los trágicos, vid. II p. 81 ss.; sobre este Loewe, p. 128.

10. Hay, desde luego, excepciones. Scott (III p. 33, 40 s.) y Loewe (p. 140) notan ya *Teognis* v. 1249 y Aristófanes, *Acharn.* 432, 1003, 1136 y 1140. Podemos añadir Sófocles, *Philoct.* 201, Eurípides, *Hec.* 194, *Phoen.* 532 (a más de un ejemplo discutible como *Troi.* 782) y el notable pasaje de Esquilo, *Choeph.* 653 s., donde a παῖ, παῖ, dirigidos a un esclavo, siguen ω παῖ, παῖ, también al mismo. El plural παιδες se comporta de un modo bastante libre con frecuencia. Baste citar Esquilo, *Suppl.* 176 y 600, Sófocles, *E.C.* 1255 y 1751, *E.R.* 142, Eurípides, *Med.* 914, 956 y 1053, *Cycl.* 587. Sobre el ω παιδες de Platón, *Banquete* 175 b y el ω παῖ de Menón 82 b, cf. Loewe p. 140. Por otra parte, giros como *Antígona* 211 παῖ Μενουκίως, 1149 παῖ, Δίον γένεθλον, etc., parecen indicar que la oposición podía cesar (al menos en poesía) cuando el contexto era suficientemente explícito.

plosión emotiva (v. 1060 ss.), cada vocativo por él empleado lleva ya ω . En palabras del autor: «the shift from vocative without the interjection to vocative with interjection exactly corresponds to the change in his self-control» (*ibid.*). Pero los hechos, vistos desde más cerca, son un tanto diferentes. Entre los vv. 902 y 1059, Hipólito dice $\pi\acute{\alpha}\tau\epsilon\rho$ siete veces. De estos siete vocativos, tres se dan con cierto distanciamiento entre sí (vv. 923, 983 y 1041), en momentos en que puede hablarse de un real «self-control». Los restantes se acumulan en un corto párrafo (vv. 902-915), en un instante, en cambio, particularmente dramático. La situación, pues, es distinta. Por lo demás, no son raros los pasajes trágicos en que este mismo vocativo es intencionadamente reiterado. En la memoria de todos está la sobrecogedora plegaria de Esquilo, *Choeph.* 479-509, con $\pi\acute{\alpha}\tau\epsilon\rho$ seis veces sin interjección y con posiciones no casuales. Creemos que un hecho como éste precisaría ser examinado desde puntos de vista más objetivos. Por otra parte, la segunda serie de vocativos (con ω) responde a tipos diversos, precisamente de los que con la mayor frecuencia llevan en tragedia la interjección,¹¹ y explicables en su mayoría según los modelos por el propio Scott estudiados. Las mínimas exigencias metodológicas nos inducen a pensar que los dos grupos de vocativos pertenecen a planos no paralelos, y que este dato debió ser tenido en cuenta previamente.

En el mismo lugar, Scott expone un segundo caso semejante. En *Ifigenia en Aúlida* (v. 864 ss.), Clitemestra muestra su emoción al saber el fin destinado a su hija con una serie de vocativos, todos con ω : en total también siete. Aquiles y el coro, hasta la línea 975, le responderán con otros dos, igualmente con interjección. Por el contrario, Ifigenia desde el verso 1368 demostrará su entereza con cuatro vocativos, todos sin ω . Como en el ejemplo anterior, basta un examen más detallado para poner en duda las fáciles conclusiones del autor. Estos cuatro últimos vocativos son simplemente un reiterado $\mu\eta\tau\epsilon\rho$, sobre cuyo comportamiento volveremos dentro de unos instantes. Y en la misma escena, Ifigenia se dirige a Aquiles (1418), a Orestes (1452) y al coro (1467) siempre con ω .

11. V. 1060 ω θεοί, 1074 ω δώματ', 1082 ω δυστάλαινα μητρερ, ω πικραί γοναί, 1092 ω φιλάτη... κόρη (suponemos que el siguiente está regido por la misma interjección), 1094 s. ω πόλις / και γαι' Ἐρεχθέως' ω πέδον Τροϊζήνιον, 1098 ω νέοι.

En ambos ejemplos, las palabras de máximo interés, y en las que se sustenta la argumentación de Scott, son *πάτερ* y *μήτερ*. Justamente, en todos sus artículos se echa en falta un detallado análisis del vocabulario de la esfera del parentesco. De entre las pocas indicaciones que a este respecto encontramos, destaca (III, p. 34) aquella en que se nos dice que en Heródoto «the familiar family greetings such as father, mother, wife, son, and daughter have the interjection... No exceptions to this rule». Tomando como tacita base esta afirmación, es evidente que casos como los de los siete *πάτερ* y los cuatro *μήτερ* mencionados debían ser sumamente favorables a la tesis psicológica. Heródoto, probablemente, representaría en la segunda mitad del siglo V el uso «normal»; Eurípides, por el superior contenido dramático de las escenas trágicas, nos mostraría impresionantes excepciones. No obstante, los hechos son discutibles. Y, en primer lugar, es ya altamente sospechoso que los vocativos sin ω se usen en ambos casos en momentos de «perfect calmness» y de «complete control», y no en otros en que la tensión escénica hubiese ya desbordado los límites de toda noble medida. Pero hay aún otra dificultad que arranca, creemos, de la escasa atención que el filólogo americano dedicara a la interesante gama de los nombres de parentesco. No es aquí el lugar de proceder a un exhaustivo examen de esta cuestión,¹² pero sí queremos aportar algunos elementos de juicio. En tragedia, los términos *πάτερ* y *μήτερ* tienen un comportamiento en nada semejante al que presentan en Heródoto. Si tomamos exclusivamente aquellos vocativos en que estas palabras o bien ocupan por sí solas el giro completo, o bien la primera posición, es decir, en situación tal que se encuentren en contacto con la interjección o con el lugar que, de existir ésta, normalmente ocuparía,¹³ las cifras para los tres principales trágicos son las siguientes:

	<i>πάτερ</i>	ω <i>πάτερ</i>	<i>μήτερ</i>	ω <i>μήτερ</i>
Esquilo	92,5 %	7,5 %	85,5 %	14,5 %
Sófocles	65,5 »	34,5 »	80 »	20 »
Eurípides ¹⁴	67,5 »	32,5 »	78,5 »	21,5 »

12. Hay nuevos datos en el ya mencionado artículo de R. Loewe, pp. 135 y 139 sobre todo.

13. Casos tales como Eurípides *Bac.* 254 *μής μητρός πάτερ*, *Hipp.* 601 *ω γαία μήτερ*, etc., son pues excluidos. Naturalmente entran en las cifras que señalamos meras variantes del tipo *μάτερ* y ω *μάτερ*. Por otra parte, los vocativos como Eurípides *Androm.* 504, *Hec.* 177, etc., son considerados como uno sólo. No han sido incorporados los vocativos de los fragmentos y de Eurípides solamente son tenidas en consideración las obras con seguridad auténticas.

14. Hemos utilizado el *Index Aeschyleus* de G. Italie y el *Lexicon Aeschyleum* de G. Dindorf.

Esquilo, como puede comprobarse, mantiene un porcentaje mayor para la ausencia de la interjección en ambos casos. Sófocles y Eurípides aparecen con cantidades casi paralelas. A la vista de éstas, cabe preguntarse si verdaderamente la falta de ω en ambos vocativos puede ser un signo relevante en determinada escena, y también si los indicios de «perfect calmness» y de «complete control» no han de descubrirse a partir de otros criterios. Los porcentajes de las formas sin interjección, frente a las que la poseen, son superiores a los que (según Scott: III, p. 34 s.) Sófocles y Eurípides tienen para el vocativo con ω de modo global.¹⁵ Estas anomalías requieren una explicación que dudamos pueda dar el simple punto de vista psicológico. De acuerdo con éste, el término semánticamente caracterizado se esperaría fuese el menos frecuente. ¿Qué otro sentido tiene, si no es así, escribir que el abuso de la interjección en ático trajo consigo su invalidación expresiva y otras frases que reiteradamente hemos leído?

Es claro que, si exceptuamos unas pocas categorías definidas por el propio Scott, el vocativo en tragedia mantiene una gran libertad. O dicho de otro modo, cuando está sujeto a normas, éstas evidentemente no están cimentadas de un modo necesario y único en el plano emocional, al menos tal como hasta hoy ha venido interpretándose. En la misma *Ifigenia en Aúlide*, a sólo dos líneas de distancia, y sin que el tono emotivo háyase alterado, la protagonista (vv. 640 y 642) puede decir ω *πάτερ* y *πάτερ*. Un poco más adelante, en un diálogo que por el lado de la joven es cariñoso e inocente, empleará varias veces ω *πάτερ*, y de nuevo, en una simple pregunta (v. 662), *πάτερ*, al igual que las dos veces que siguen, para retornar en la línea 676 a ω *πάτερ*. En *Edipo en Colono*, en los varios diálogos entre el ciego protagonista y sus hijas, podemos hallar situaciones análogas. Por ejemplo, los pasajes 324-336 y 1099-1118, en que se producen dos encuentros de características similares. En el primero alternan las formas con y sin interjección, y en el segundo hay un gran rigor en la presencia de ω , excepto en el *πάτερ* final (v. 1117) pronunciado por Antígona. En la misma obra, Polinices se dirige a

Para Sófocles el *Lexicon Sophocleum* de Ellendt, así como para Eurípides *A Concordance to Euripides* de Allen e Italie.

15. Sófocles 60 %, Eurípides 54 %.

su padre (vv. 1268-1345) con una serie oscilante de πάτερ y ω πάτερ, sin que el tono de su discurso cambie notablemente desde el principio al final.

Otros hechos requerirían justificaciones que aún no han sido dadas de modo suficientemente satisfactorio. Los nombres propios de personas, en el caso de aparecer solos, en el siglo V, tanto en prosa (cf. Heródoto y Tucídides: Scott, III, p. 33; Loewe, pp. 115 y 129) como en tragedia (Scott, III, p. 38), rehuyen sistemáticamente la vecindad de la interjección.¹⁶ Scott nos dice que «the interjection must have added here a certain familiar tone too undignified for tragedy» (*ibid.*). Tipo de explicación que, aparte de no ser válida para Heródoto, es naturalmente forzada y nos obligaría a añadir un casuístico «here» a cada norma semejante, con lo que tendríamos una increíble complicación en los usos. Como Sófocles dice veinte veces ω Ζεῦ y sólo en una ocasión Ζεῦ, la regla debería enunciarse aquí de modo inverso.¹⁷ Como este mismo vocativo se comporta de manera distinta en Esquilo, la justificación también tendría que ser distinta.¹⁸ Ya que παῖ es utilizado para los sirvientes y ω παῖ para los que no lo son o temporalmente no son sentidos como tales, deberíamos de nuevo invertir la norma.

Cuando se trata de algunos de los casos de rígido empleo expuestos por Scott, concretamente los nombres propios de personas que, solos, son incapaces de recibir en los textos de tragedia la interjección, o los nombres de seres inanimados apoyados siempre en ella (Scott, II, p. 82, y III, p. 35 s.), o ante la presencia de un participio (II, p. 81, y III, p. 35) o adjetivo (II, p. 82 s., y III, p. 36 s.), ambos sin el nombre correspondiente y con ω obligado, toda posibilidad de matización emocional por el uso o no uso de la interjección quedaría excluida. Con lo cual, un número enorme de vocativos debería ser calificado (según este enfoque) de expresivamente neutro. Es paradójico, al mismo tiempo, que sean estas construc-

16. Para Scott las únicas excepciones han de ser explicadas por razones particulares: así, por ejemplo, para la tragedia III p. 38 s. Más tarde, la situación cambiará. Para Jenofonte, vid. Loewe p. 133 s.

17. La aclaración de Scott es en este punto también semejante: «*here it is an appeal to the sympathetic, human personality in the divine*» (II p. 82. El subrayado es nuestro).

18. En Esquilo (según el citado *Index* de Italie) las veces que aparece Ζεῦ con ω representan sólo el 56 % del total.

ciones las que más espacio hayan acaparado en la exposición de Scott. Por lo demás, estamos frente a tipos de vocativos que generalmente, por su propio contenido, suman un alto grado de emotividad. Una amplia serie de categorías semánticas y formales bien definidas no admitirían, pues, los dos niveles síquicos que la teoría aquí enjuiciada implica. Parece que habría que comenzar un examen de la cuestión, no con el apriorístico criterio psicológico mentalmente aceptado, sino más bien por el establecimiento y análisis de toda estructura que estadísticamente se revele con un uniforme comportamiento ante la interjección.¹⁹ No negamos que Scott lo haya hecho: que no ha sacado las lógicas consecuencias, es lo menos que se nos ocurre.

Los nombres propios de persona (solos) han tenido un camino propio. En Homero sólo hay unos pocos con ω . Pero en Hesiodo (*Trabajos y días*) ω Πέσση aparece cinco veces. En los trágicos, como sabemos, muy rara vez se lee la interjección a su lado, y una situación análoga se da en Heródoto. En cambio, en Aristófanes (como luego en Platón), sin que para ello sea necesario un detenido análisis, se observa que lo corriente es ya el empleo de ω . Veamos ahora, sin embargo, dos pasajes de cierto interés. De acuerdo con las notas de Scott (III, p. 41) en las *Ranas* el total de los vocativos con ω es sólo del 64 %, de los más bajos de Aristófanes (su promedio es de 80 %). La razón provendría de ser una de las obras «with most parody of tragedy and most mock or actual elevation» (III, p. 40). Pues bien, a partir del v. 832, Dioniso se dirige doce veces a Esquilo y Eurípides bajo las formas Αἰσχύλε y Εὐριπίδη, sin ω . También Plutón habla al primero (v. 1500) con un simple Αἰσχύλε.²⁰ Según las cifras de Scott, en las *Ranas* el número total de vocativos es de 112, el de los que tienen la interjección, sólo de 72. Si los trece vocativos citados la hubiesen tenido, esta obra habría de ser alineada entre las de porcentaje aproximadamente medio. No obstante, ante la realidad de que ambos nombres propios no admiten ω , es posible recu-

19. Es notable que, según ha indagado G. Giangrande (*Class. Quart.* XVIII p. 53), los dioses, que en la *Iliada* y la *Odisea* son invocados siempre sin ω por el poeta y los demás humanos, reciben por primera vez la interjección en el *Himno homérico* III (vv. 14, 179, 526), no en los líricos como creían aún Scott y Gildersleeve, y precisamente en «religious epicletic formulas». Giangrande encuentra el mismo hecho en los líricos y más tarde en Apolonio de Rodas.

20. No obstante, cuando Dioniso alude a los poetas con expresas calificaciones, lo hace ya con la interjección: cf. vv. 835, 851, 852.

rrir a dos explicaciones. Una, la más cómoda y favorable a Scott y sus continuadores, es recurrir al expediente de la parodia. A esta primera solución, en principio, no podemos oponer reparo alguno. Si, como recordamos, los nombres propios en tragedia no suelen aportar la interjección, esta tesis es perfectamente legítima. La otra es apuntar que Aristófanes, simplemente trató de evitar un, por reiterado, demasiado escandaloso hiato.

El segundo ejemplo es *Acarnienses* 400-479. Aquí Diceópolis puede exclamar ω τρισμακάρι' Εὐριπίδη (v. 400) y ω γλυκύτατ' Εὐριπίδη (vv. 462 y 467), pero en cada ocasión en que pronuncia este nombre solo, siempre (seis veces) dirá Εὐριπίδη o Εὐριπίδιον.²¹ De nuevo es lógico pensar en una razón de eufonía, confirmada por lo demás cuando en la línea 475 leemos Εὐριπίδιον ω γλυκύτατον και φίλτατον.

Aunque sería muy sencillo multiplicar los ejemplos, vamos a limitarnos a recoger otra noticia que aparece repetidas veces mencionada en casi todos los autores que han tratado del asunto que nos ocupa.²² Ya hemos aludido a ella en las primeras líneas de este trabajo. En el manual de Kühner-Gerth, se nos dice que Demóstenes, en el *De cor.*, siempre se dirige a su rival «mit Verachtung» con un simple Αἰσχύνη. Si añadimos que el número de veces que se da este vocativo en todo el discurso es de treinta y seis, y que en la producción entera de Demóstenes se eleva a cuarenta y una, incluso sin necesidad de una habilidosa presentación este dato puede estar entre los más firmes puntales de la tesis psicológica. Sin embargo, también en este caso un análisis más detenido puede ofrecer serios motivos de duda. En primer lugar, no deja de ser atrayente la comparación con los pasajes de Aristófanes que estudiábamos: *Ranas* 832 ss. (Αἰσχύλε, Εὐριπίδη) y *Acarnienses* 400-479 (Εὐριπίδη, Εὐριπίδιον). Aunque a cierta distancia en el tiempo, creemos que la cotejación ha de ser útil. Aristófanes, por su parte, por su frecuencia en el uso de ω es evidentemente una cima pareja a la que Platón representa en la prosa. No obstante, en estos dos pasajes concre-

21. Cf. *Acharn.* 404 (Εὐριπίδη, Εὐριπίδιον) con *Nubes* 222 ω Σώκρατες, ω Σωκρατιδιον. Naturalmente a nuestro favor está también cualquier motivación basada en la medida del verso.

22. La leemos ya en Kühner-Gerth, *op. cit.* II, 1, p. 48 y en el mencionado artículo de R. Loewe, p. 145. También en Wackernagel, *Vorl. über Syntax* I, p. 311, Schwyzer-Debrunner II p. 61 y Lasso de la Vega, *op. cit.*, p. 341.

tos que ahora nos interesan, se ha permitido dar reiteradamente un mismo vocativo sin interjección. Las dos razones antes expresadas (parodia o evitación del hiato), en el fondo no se excluyen. Si los trágicos rehuían poner en contacto la interjección con los nombres propios de persona, pudo ser no ajeno a esto el tradicional horror a la que Dionisio de Halicarnaso (*de comp.* 167) llama φωνηέντων παράθεσις. Sagazmente, Gildersleeve aventuró ya una vez²³ que, en el caso de los nombres de dioses, este «taboo» podía tener su origen en la poesía dactílica y en el comienzo vocálico de muchos de ellos.²⁴ En este punto, la tesis del momento psicológico sería aplicable aquí (en Aristófanes) sólo en el sentido de la falsa dignidad que una parodia trágica requiere. Pues bien, en el discurso de Demóstenes la idea de la parodia no es admisible, pero sí lo es en cambio la de la amenaza del hiato. Sin embargo, el problema requiere un planteamiento de mayor alcance. De un lado, Demóstenes es, después de Isócrates, uno de los oradores en que el hiato es más cuidadosamente evitado.²⁵ Del otro, como leemos en R. Loewe (p. 145), según los datos de Eibel, en los oradores ω es de regla ante nombres de personas particulares tanto si están a favor o en contra del propio autor, y hay que esperar a Iseo (9, 23) para encontrar la primera excepción. Los motivos para los mantenedores de la postura psicológica son obvios: «...fehlt auch bei den Einzelnamen das ω, wenn der Redner im Zorn spricht, und bisweilen auch wieder bei rhetorischen Fragen» (Loewe, *ibid.*). En Demóstenes, pues, confluyen ambas tendencias, la hostilidad ante el hiato y las excepciones en este concreto uso del vocativo. Nuestro parecer es que en el caso del vocativo Αλοχίνη, ambas han podido actuar simultáneamente. Es cierto que el propio Esquines, en toda su obra, nombra a su enemigo Demóstenes varias veces sin interjección. Pero es también verdad lo contrario,²⁶ y una situación semejante hallamos en el *Contra Demóstenes* de Dinarco. Admitimos que Demóstenes emplea en aquella obra

23. *Am. Journ. of Phil.* 24 (1904), p. 197.

24. Pero respecto a esto último hemos de recordar que Homero precisamente no se distingue por sus escrúpulos ante el hiato: cf. Kühner-Gerth, *op. cit.* I, 1, p. 190 ss.

25. Sobre esto Kühner-Gerth, *op. cit.* I, 1, p. 199 y Fr. Blass, *Die attische Beredsamkeit* 3 III, 1, p. 100 ss. La base para toda investigación en este terreno sigue siendo la obra de E. Benseler, *de hiatus in oratoribus Atticis et historicis Graecis libri duo*, Fribergae, 1841.

26. Ocho y seis veces respectivamente. En el *Contra Ctesifonte* ω Δημόσθενες se lee una vez en boca de Esquines y dos en las de sus oyentes, y Δημόσθενες en cuatro ocasiones: cf. S. Preuss, *Index Aeschineus*. El propio Ctesifonte es aludido dos veces, siempre con la interjección.

tal ferocidad y desgrana tan nutrida sarta de insultos,²⁷ que hacen pensar corrientemente en el odio y la cólera mayor imaginables. Pero es el caso que, incluso en esos desmedidos improprios, hallamos una confirmación a nuestra tesis. Todas las frases insultantes dirigidas contra Esquines tienen ω antepuesto. En esto cúmplase la regla tradicional de que los únicos apelativos que no llevan ω necesariamente en los oradores son γραμματεῦ y ἄνθρωπε,²⁸ por más que encierren en sí los dichos más graves y venenosos. Igualmente, en los oradores los adjetivos y participios sin nombres expresos, llevan ω con regularidad (Loewe, p. 149). Ahora bien, contra ambas reglas hay una excepción en el *De cor.*, excepción que ya Eibel (p. 22) citada como la única por él encontrada: ἐμβρόντητ' en 243, 6. Loewe (*ibid.*) puede argüir que estamos «an der Spitze einer mit starken Affekt gesprochenen rhetorischen Frage». Pero para nosotros la motivación de esta sorprendente rotura de normas está con toda seguridad en el mero temor a la omisión del hiato.²⁹ Basta pensar que es, al mismo tiempo, la única expresión insultante que en todo el discurso empieza por vocal. Y este transparente caso nos confirma en nuestra sospecha de que el citado fenómeno no estuvo ausente de la atención del orador cada vez que nombraba a su rival. Como en los ejemplos de Aristófanes, se trataba de un empleo demasiado reiterado que, con la interjección, hubiera resultado de una tosqueidad insufrible.

En modo alguno, sin embargo, pretendemos negar radicalmente los supuestos postulados sico-sociales de la presencia o ausencia de la interjección. Sólo buscamos ver el problema desde otras perspectivas más equilibradas, dando paso a la posibilidad de ampliar otros análisis y otros resultados. Un dato de tanta importancia como es el hiato, por recurrir al ejemplo que más próximo tenemos, apenas si ha sido tenido en cuenta excepto de un modo pasajero y en exceso teórico.

Es evidente, por otra parte, que no sólo el uso y no uso de la

27. Sobre estos particulares rasgos de su estilo, cf. Blass, *op. cit.* III, 1, p. 92 s. Para otros datos, *id.*, p. 82 ss.

28. Y en ciertos casos ἄνδρες: cf. Loewe, p. 148, que cita a su vez a Eibel, p. 18 y 21.

29. Obsérvese cómo en la misma obra Demóstenes recurre incluso al orden de palabras para evitarlo. Así, frente a Lisias 12, 36 ὡ σχετλιώτατε πάντων, Demóstones (312) dirá ὡ πάντων ἀδικιώτατε.

interjección puede tener un transfondo estilístico y psicológico. Es más, el empleo mismo del vocativo, haciendo ya caso omiso de la interjección, de su presencia o ausencia, admite también ser estudiado desde un punto de vista análogo. Veamos un ejemplo, por claro y conocido no menos instructivo. Es de fácil comprobación que Isócrates es uno de los oradores que menos vocativos emplea. En total, para un buen número de obras y algunas de gran extensión, hemos contado aproximadamente unos cuarenta.³⁰ La mayoría (31) se reparte entre los discursos judiciales. Es más, de estos últimos, veintiséis se encuentran en el *Trapecítico*.³¹ Es decir, que en un solo discurso de los más típicamente forenses, se acumulan más de la mitad de la cifra total de los vocativos isocráticos. Los epidícticos, como era de esperar, poseen escasísimos vocativos y la mayoría carece de ellos. En todo caso, cuando existen, es normal que el único o casi único vocativo se lea en el comienzo mismo del texto: así en el *Busiris*, *A Nicocles*, *Evágoras* (con un segundo vocativo muy cerca del final, en el párrafo 73), *Filipo* y *Plataico* (dos: en los párrafos 1 y 6).³² Si repasamos los discursos epidícticos que nos es dado leer con anterioridad a Isócrates, veremos que el fenómeno suele reiterarse: en los pasajes que conservamos de Gorgias sólo encontramos tres vocativos,³³ y en el *Epitafio* de Lisias (?) se lee otro, justamente también en su comienzo. Otras obras análogas se comportan de modo semejante.³⁴ Cualquier discurso judicial, en cambio, normalmente está sembrado de ellos. Dicho de otro modo, un rasgo como el vocativo puede ya ser una marca diferenciadora

30. Salvo algún error involuntario por nuestra parte, todos con ω. Respecto al número, merece la pena recordar que sólo ya en el *De cor.* de Demóstenes aparece un centenar de vocativos.

31. Sobre el especial carácter de esta pieza, cabe recordar la vieja y hoy normalmente no compartida tesis de Benseler, con apoyo en otro hecho relevante: la abundancia de hiatos.

32. Esto se repite, asimismo, en el discutible *A Demónico*.

33. Dos en el *Palamedes* y el tercero en el exordio del *Olimpico* citado por Aristóteles, *Rhet.* III, 14, 1414 b 29.

34. En Tucídides el discurso fúnebre del libro II no posee vocativos. No existen tampoco en otros *ἐπιτάφιοι λόγοι*: en el del Pseudo-Demóstenes y en lo que conservamos del pronunciado por Hipérides. En cuanto al de Sócrates en el *Menéxeno* posee tres vocativos, todos con ω. La relación existente entre los sucesivos discursos epidícticos es un interesante y (por ahora) no agotado tema. Hoy puede darse por segura, por ejemplo, la influencia de por lo menos algunos aspectos tucidídeos sobre Isócrates (cf. L. Bodin en *Mélanges Gustave Glotz* I, 93 ss. y W. Jaeger, *Paideia* (trad. esp.), México, 1967, p. 861 s.) y una relación bastante concreta entre el *Epitafio* de Lisias (?) y el *Panegirico* de Isócrates: vid. H. Ll. Hudson-Williams, «Thucydides, Isocrates and the rhetorical method of Composition», *Class. Quart.* 42 (1948), pp. 76-81. De gran interés es también la extensa contribución de G. Colin en la *REG*, 1938, pp. 209-266 y 305-394.

de dos tipos de expresión literaria, una más viva y directa, otra más artificiosa y distante. En Isócrates, incluso la mayor parte de sus discursos forenses, impregnados ya de los rasgos más esenciales de su estilo, responden, bajo esta perspectiva, a la intromisión de un modo de hacer jurídico muy poco usual.

Abundando más en esta cuestión podemos recordar, en una obra tan propicia para el estudio del vocativo como es el *Banquete* platónico, dos datos que convendría destacar convenientemente. En primer lugar, los discursos de Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes y Agatón son, en grado mayor o menor, piezas epidícticas, y no es sorprendente, pues, que de los ciento quince vocativos con que la obra cuenta, estos discursos, que abarcan una amplia extensión, retengan un número muy reducido y oscilante entre tres vocativos en los dos últimos y ninguno absolutamente en el primero. Todos los vocativos de las cinco piezas oratorias (nueve en total) llevan ω y, en general, están también situados al comienzo y final de cada discurso. Si dejamos aparte el elogio socrático del amor por la clara influencia de sus partes dialogadas, el de Alcibiades tiene por sí solo diecisiete vocativos, de ellos dos sin interjección. En segundo lugar, con estos datos contrasta (y los corrobora a un tiempo) la comprobación de que la cifra mayor de vocativos sin ω de todo el texto se acumula en el momento de la entrada de Alcibiades (212 d ss.).³⁵ Las consecuencias son claras. De un lado, se confirma numéricamente la idea ,admisible ya «a priori», de que los discursos de tipo epidíctico tienden a una mínima cifra de vocativos, y (podemos añadir) dentro de éstos a los acompañados por la interjección. De otro, que a esta tendencia se contrapone aquella otra, bien conocida, de un tipo de oratoria muy diferente, aquí representado por el discurso de Alcibiades, que no sólo admite un mayor número de vocativos, sino incluso algunos sin interjección, con lo cual su proceder se revela mucho más próximo a (por ejemplo) la prosa cuasidramática y descriptiva que podría representarse por el resto de la obra y, en especial, por el momento narrado en 212 d y ss.³⁶ La oposición de ambos procedimientos creemos ha de ser entendida dentro de la divergencia general de dos estilos de oratoria. El estudio del

35. Hasta 213 e 12 siete en total, todos sin ω. De ellos, cinco son pronunciados por el propio Alcibíades. Naturalmente hay que tener en cuenta la abundancia de imperativos del pasaje: cf. Loewe, p. 137.

36. Sobre este discurso, vid. Loewe, p. 138.

vocativo, tanto de su número como de su relación con la interjección ω , no puede hacerse sin tener en cuenta razonablemente cada obra y cada género completo. De ahí que en vez de la disgregación de múltiples momentos emocionales, tengamos como preferible el análisis global y sistemático del vocativo, dentro de un más amplio enfoque crítico. Es así como, por ejemplo, dentro de las directrices de una obra tan compleja como el *Banquete*, dos firmes orientaciones estilísticas podrían ser examinadas ya desde el punto de vista de la simple conducta del vocativo.³⁷

Es muy probable que por este camino llegásemos a descubrir mayor número de datos. Pero no es lo que ahora más nos importa. Sólo hemos tratado, en realidad, de favorecer con unas breves aportaciones la renovación de un interesante problema.

Nuestra más profunda convicción es que los motivos de índole social y psicológica, pertinazmente defendidos éstos, sobre todo, en la abrumadora mayoría de los trabajos hasta hoy dedicados al tema, son indudablemente de gran importancia. Pero también somos conscientes de que diversas motivaciones, en parte sólo sugeridas por Scott y otros, poseen mucha mayor fuerza de la que se les ha concedido. La tarea que se impone es trazar los límites entre ambos campos. Estructuras enteras y tipos bien definidos de vocativos, excluyen la posibilidad del enfrentamiento de las correspondientes parejas. El hiato y la posición en el verso se revelan como fundamentales en ciertos momentos y géneros. Los datos que para un autor como Heródoto son válidos, no son fielmente aplicables a otro como Eurípides. La consecuencia es clara: en esta investigación estamos aún iniciando el camino. Aquí hemos querido sólo sugerir ejemplos y dudas. Otro día, si nos es posible, volveremos de un modo ya más sistemático al planteamiento de nuevos problemas.

37. Otros muchos casos podrían ser examinados. Por citar sólo uno más, mencionaremos el decisivo papel que el vocativo puede jugar en las parodias. Scott (III, p. 32) señaló ya el rasgo pindárico de Aristófanes *Av.* 905. Entre la multitud de lugares que merecerían recordarse, citaremos sólo Platón, *Protag.* 337 c 7, en que Hipías (*Ἰππίας ὁ σοφός*) inicia su breve perorata con un altisonante ω *ἄνδρες... οἱ πάντες*.